PUERTO RICO: LA CUESTIÓN AGRARIA EN EL SIGLO XXI

Por Rafael Rodríguez Cruz

En un trabajo reciente, publicado en *Indymediapr.org,* discutimos varios puntos de convergencia entre el pensamiento de V.I. Lenin y el del revolucionario puertorriqueño Pedro Albizu Campos, en lo que toca a la configuración regional del capitalismo estadounidense durante la segunda década del siglo XX.[1] Señalamos que ambos pensadores tenían un gran interés en el tema del tamaño o área de las operaciones agrarias en el Noreste de Estados Unidos. Lenin, en particular, demostró que el predominio numérico de la llamada pequeña propiedad territorial en la agricultura estadounidense en 1915 —e incluso su incremento acelerado— no era incompatible con el carácter cada vez más intensamente capitalista de las granjas. La acumulación del capital avanzaba entonces, ante todo, en la forma de granjas de pequeña extensión en acres o cuerdas, pero con una gran inversión en maquinaria, fuerza de trabajo, fertilizantes, etc. Es decir, eran empresas grandes en su escala de producción y en el valor del producto, pero pequeñas por la cantidad de terreno en que operaban. En muchos casos, incluso, la reducción en el tamaño en área de las granjas era una precondición del empleo de las tecnologías más avanzadas. De lo contrario, no se obtenía la tasa de ganancia media. (De hecho, Lenin menciona la experiencia de Puerto Rico en sus *Cuadernos sobre el imperialismo*.) Albizu Campos, quien conocía muy bien el desarrollo económico de Estados Unidos, denunciaba la anomalía que existía en Puerto Rico en 1930 como resultado del coloniaje. Aquí, la acumulación del capital en la agricultura adoptaba la forma de grandes latifundios con tecnología capitalista

1. *La evolución del pensamiento económico de Lenin, 1896-1916: Agricultura y capital*. [En línea]. pr.indymedia.org.

de avanzada. Ese estado de cosas no era la norma en la agricultura estadounidense en 1915. De hecho, no vendría a predominar allí hasta 1950.

Surge de este modo la pregunta de si el análisis que presentamos en el artículo anterior tiene alguna vigencia para la comprensión del problema nacional puertorriqueño en el siglo XXI. Es decir, de si podemos hablar, en el sentido marxista, de una cuestión agraria en el Puerto Rico contemporáneo. Nosotros entendemos que sí.

La gran revolución agrícola del siglo XX

Aunque sea brevemente, es importante aclarar algunas concepciones equivocadas sobre la agricultura moderna en Estados Unidos. Lo primero es que la mecanización general del sector agrario de la economía estadounidense es un fenómeno más reciente de lo que se piensa. En realidad data del período 1940-1970. No se trata de que antes no se emplearan máquinas en la producción agrícola de ese país. Marx mismo señaló que el uso de la maquinaria en el campo precede por siglos a la revolución industrial europea. Estados Unidos no es una excepción. Por ejemplo, las primeras máquinas individuales de arar, segar y trillar granos pequeños (como el trigo) aparecen entre 1835 y 1860. El problema es que no causan entonces una verdadera revolución en el modo de producción. La agricultura continúa por décadas (1830-1950) dominada por el trabajo manual, en lo que Lenin llama un sistema análogo a la manufactura.

El cambio fundamental en Estados Unidos sobreviene durante la Segunda Guerra Mundial como resultado de dos grandes invenciones. La primera, el tractor moderno para arar en cultivos de hileras (reforzado con el sistema de enganche en tres puntos). La segunda, el combinado autopropulsado para la siega, trilla y aventamiento de granos. Estas dos invenciones permitirían por primera vez el desarrollo de lo que Marx llama el *sistema complejo de máquinas* en la agricultura. El resultado fue una completa revolución en la manera de producir alimentos en Estados Unidos y el desplazamiento de la "manufactura" en lo que toca al cultivo de productos como el trigo, el maíz, la soja, las avenas, etc. A la máquina autopropulsada (o fábrica no estacionaria) se sumó la hibridación del maíz, el cultivo selectivo de plantas, la crianza artificial de animales y el uso masivo de químicos, o sea, de fertilizantes, pesticidas, herbicidas, etc.

Aquí sólo podemos tocar el tema de pasada. Lo importante es que con el sistema complejo de máquinas llega una nueva ley tecnológica al campo. El tamaño en área promedio de las granjas crece ahora paralelo a la escala de la producción. Las gigantescas máquinas automáticas que hoy siegan, trillan y avientan los granos en Estados Unidos sólo son rentables en fincas de miles y miles de acres de terreno. Los economistas se refieren a esto como una situación de correlación estricta entre la escala de la productividad y el tamaño o extensión de las granjas. Así, surge en Estados Unidos entre 1950 y 1970 una agricultura sectorial dominada por una grotesca concentración de capitales, el control de vastas extensiones de terreno por corporaciones ciclópeas, el desplazamiento total del pequeño productor y la caída absoluta y relativa de la fuerza de trabajo agrícola. Además, por la contaminación terrible de los recursos naturales, incluyendo el agua. Hoy hay fincas de 10,00 acres de terrenos sembradas y cosechadas por sistemas automáticos de maquinaria operados por una sola persona.

¿Qué pasó con la agricultura de que nos hablaba Lenin en 1915, en que dominaba un modo de producción manufacturero? En ella, como mencionamos, la acumulación del capital presentaba una relación especial entre el tamaño en acres de las granjas y la escala de la producción. Específicamente, no había una correlación estricta entre lo primero y lo segundo, sino que en muchos casos el aumento en la productividad del trabajo requería de granjas más pequeñas. Pues bien, esa agricultura —y esa ley particular de acumulación del capital— no sólo sobrevive, sino que entre 2000 y 2010 ha adquirido un auge particular. Nos referimos a que ciertos productos, por su propia naturaleza, se han resistido históricamente a la mecanización de la siembra, siega y recogido. Aquí entran todos los productos que son destinados al consumo fresco (vegetales, frutas, etc.), así como las plantas que por su configuración natural no son susceptibles de mecanización. Dos ejemplos bastan para los propósitos de este artículo. El primero es el tomate. Entre 1950 y 1970 se mecaniza el recogido de tomates en Estados Unidos. Pero esto es cierto únicamente para los tomates destinados al procesamiento (kétchup, salsa, etc.). El tomate destinado al mercado de consumo fresco es totalmente recogido a mano. Las chinas o naranjas, sin embargo, son recogidas a mano en ambos casos, ya sea para el procesamiento o consumo fresco, pues la planta, como tal, no tiene una configuración apropiada a la mecanización del recogido. En algunos casos, se recurre incluso a rociarlas con químicos que aflojan las frutas para que los implementos sacudidores las desprendan de las ramas. Pero la única alternativa parecería ser la creación de robots con manos parecidas a las humanas, algo que se está ya tratando. El problema es que la sensibilidad del dedo humano ha probado ser imposible de imitación.

A esto hay que añadir toda una variedad de productos para los cuales los economistas dicen que no hay, y nunca ha habido, correlación alguna entre la extensión de las granjas y la escala de la producción. Los ejemplos más importantes son las granjas de producción de leche (vaquerías) y las de crianza de pollos y puercos. Aquí igualmente prevalece la regla descrita por Lenin: conforme avanza la productividad del trabajo se mantiene igual o decrece el tamaño promedio en acres de las operaciones agrícolas.

¿Cuán importante es en Estados Unidos esa agricultura manufacturera caracterizada por una elevada escala de producción en lotes relativamente pequeños de terreno? En 2008, por ejemplo, los vegetales, las frutas y los invernaderos, conjuntamente, mostraron el mismo valor de mercado que la soja, el trigo y el maíz, en conjunto. De nuevo, lo importante, como dice Lenin, es no confundir la escala de la producción con el tamaño de las granjas.

Más importante aún, el creciente interés de los consumidores en productos orgánicos ha provocado entre 1997 y 2010 una verdadera expansión de la agricultura tradicional y no mecanizada en Estados Unidos. Los principales productos involucrados son los vegetales, las frutas y los lácteos. Es decir, precisamente aquellos que Lenin analizó en detalle en 1915. Entre 1997 y 2008, por ejemplo, las ventas al detal de productos orgánicos estadounidenses pasaron de $3,6 millardos (miles de millones) a $21,1 millardos. El número de granjas de este tipo experimentó una expansión impresionante: de 5,021 en 1997 a 8,483. Simultáneamente, la cantidad de terreno orgánico en granjas subió de 1,3 millones de acres a 4 millones. Aquí hay que aclarar, sin embargo, que si eximimos el terreno orgánico dedicado al pastoreo, este boom en

la agricultura orgánica ha ocurrido sin un aumento sustancial en el tamaño promedio de las granjas (268 acres). No se trata, pues, de operaciones gigantescas en gigantescos lotes de terrenos, sino de operaciones cada vez mayores (por el valor del producto, inversión de capital, etc.), en granjas que mantienen su tamaño en área original o incluso decrecen en ese sentido. En estos momentos, dicho sea de paso, el problema mayor de la agricultura orgánica en Estados Unidos es que no es capaz todavía de suplir la gran demanda por sus productos. Esto se debe, en parte, a que en ese país, si bien la venta al detal de esos artículos de consumo humano ha captado la atención de gigantescos monopolios comerciales, como Wal-Mart, Sam's y Costco, la cantidad de terreno certificado para actividades agrarias orgánicas sigue siendo limitada. Estados Unidos, contrario a Europa, no subsidia la conversión de la agricultura altamente química y contaminada a la natural. Aún así, es en la agricultura orgánica en relativamente pequeños lotes de terrenos (y con una elevada escala de la producción) donde se centra buena parte del futuro de la agricultura moderna en el principal país capitalista del mundo.

Puerto Rico

¿Podemos dar un ejemplo de una región relativamente pequeña de Estados Unidos donde la agricultura en lotes pequeños de terreno sea exitosa? Sí, podemos darlo. Se trata de un lugar que muchos puertorriqueños conocen, visitan y tienen por residencia: el estado de Connecticut.

Connecticut es el estado más rico de Estados Unidos, en términos de ingreso per cápita. Esta riqueza no guarda correlación con su tamaño. Es el tercer estado más pequeño del país. Mide 177 kilómetros de largo por 113 de ancho. También es uno de los más densamente poblados. En esto último ocupa el cuarto lugar debido a su población de más de 3,5 millones de habitantes. Su área total es de 14,359 kilómetros cuadrados, de los cuales 12,549 son tierra firme.

Según los datos del censo federal de agricultura, la tierra de granjas en Connecticut asciende a 417,636 cuerdas (405,616 acres). Esto representa 13% del área terrestre del estado. El tamaño promedio en área de una granja es 85,45 cuerdas (83 acres). El número de las mismas asciende a 4,916, pero solamente un 2,1% tiene más de 514,81 cuerdas de extensión (500 acres). El valor en el mercado de los productos agrícolas vendidos en 2007 fue de $551,553 ($1,000). Esto resulta en un valor promedio por granja de $112,195.

Por su parte, Puerto Rico es el territorio más pobre bajo la llamada jurisdicción federal. En términos de ingreso per cápita, es comparable solamente a la condición social y económica de la población negra de Mississippi. Se dice que mide 177 kilómetros de largo (110 millas) por 63 de ancho (39 millas). Su área total se calcula por algunos en 9,104 kilómetros cuadrados (3,515 millas cuadradas), de los cuales 8,959 son tierra firme (3,459 millas cuadradas).

Según el censo agrícola federal, la tierra de granjas en Puerto Rico asciende a 557,530 cuerdas (541,485 acres). Esto representa 24,7% del área terrestre de la isla. El tamaño promedio

en área de una granja en Puerto Rico es 35,4 cuerdas (34,38 acres). El número de las mismas asciende a 15,745, pero solamente una ínfima porción (422) tiene más de 260 cuerdas (252,51 acres). El valor en el mercado de los productos agrícolas vendidos en 2007 fue de $515,685,532. Esto resulta en un valor promedio por granja de $32,752.

TABLA COMPARATIVA

(Fuente: *Censo agrícola de 2007*, Departamento de Agricultura de EE. UU)

	Connecticut	Puerto Rico
Mide	177 km x 113 km	177 km x 63 km
Área total	14,359 km cuadrados	9,104 kilómetros cuadrados
Tierra firme	12,549 km cuadrados	8,959 km cuadrados
Tierra de granjas	417,636 cuerdas	557,530 cuerdas
Porcentaje área	13%	24,7%
Tamaño promedio granjas	85,45 cuerdas	35,4 cuerdas
Número de granjas	4,916	15,745
Valor productos vendidos	$551,553,000	$515,685,532
Porcentaje por granja	$112,195	$32,752

De lo anterior, se desprenden varias conclusiones parciales. En primer lugar, el estado más rico del imperio no tiene una extensión territorial mucho mayor que la de su colonia empobrecida. En segundo lugar, el terreno total de granjas en Connecticut es, en efecto, menor

que el de Puerto Rico por 25%. En tercer lugar, el valor en el mercado de los productos agrícolas vendidos es aproximadamente el mismo en ambos lugares. En cuarto lugar, menos de una tercera parte del número de granjas que hay en Puerto Rico, genera en Connecticut un producto agrícola mayor. Pero éstas operan en un 75% de la extensión en acres. La suma resultante de estos factores, para usar la expresión de Lenin, es que la agricultura del estado es más intensiva, más productiva, que la de la colonia.

Para muestra con un botón basta. En septiembre de 2010 el Colegio de Agricultura y Recursos Naturales de la Universidad de Connecticut publicó un importante trabajo titulado *Impacto económico de la industria agrícola de Connecticut*. En él se señala que, a pesar de su carácter relativamente diminuto, la agricultura de ese estado continúa prosperando. En particular, su aportación a la economía local no es poca cosa. En 2007, por ejemplo, el "impacto total" de la agricultura de Connecticut fue de 3,5 miles de millones de dólares, midiendo el valor del *output* agrícola como igual a las ventas generadas directamente por la agricultura y las creadas mediante los efectos secundarios sobre otras industrias impactadas. A ello, sin embargo, hay que añadir una contribución de 1,7 miles de millones en valor añadido, que, según los autores, "es la diferencia entre el valor del *output* y el costo de las materias primas; es decir, el dinero dejado en las manos de los residentes e impuestos de negocios, cosas que permanecen en Connecticut." [*op. cit.*, p. 5] Por cada dólar de ventas en el sector agrario se genera hasta un dólar adicional en la economía de ese estado.

¿Cual es la clave de la prosperidad actual de la agricultura de Connecticut? En parte, su diversidad. Contrario a la norma prevaleciente en el resto de Estados Unidos, los cultivos de campo constituyen en ese estado una parte menor de las ventas agrícolas. Los principales sectores son las "industrias verdes" (viveros, invernaderos, floricultura y la producción de tierra para la venta), las granjas de leche y las de tabaco. Los vegetales y las frutas representan el 14% de las ventas y proveen materia prima a la industria local de enlatados. Todo esto, en un estado pequeñísimo, pero que conserva más del 50% de su área total en bosques caducifolios y coníferos. Connecticut es, en realidad, un estado "verde", que mantiene buena parte de su territorio en condición virgen. Esto sirve de base a la industria turística natural.

Es evidente que la situación floreciente de la agricultura de Connecticut opera sobre la premisa de una rica división del trabajo: "Porque la industria agrícola compra productos y servicios de otras industrias y contrata trabajo local, su impacto económico es como una cascada sobre la economía del estado". [*op. cit*, p. 4]. Efectivamente, según el Departamento de Agricultura de Estados Unidos la conexión directa con el mercado interior es uno de los factores más importantes del éxito de las empresas agrícolas de ese país. Igualmente significativa es la producción con miras a la exportación, es decir, el vínculo con el mercado mundial. Estamos en Connecticut ante lo que los marxistas llaman un desarrollo capitalista coherente.

La cuestión agraria

Resulta entonces que sí podemos hablar de una cuestión agraria en el Puerto Rico de hoy. Es, esencialmente, la misma cuestión que existía en la época de Lenin y Albizu Campos. El coloniaje y el imperialismo cierran el paso al uso de los recursos naturales en función de las necesidades e intereses de nuestro pueblo. El monopolio del comercio exterior y el dominio aplastante de los monopolios estadounidenses constituyen barreras *absolutas* al desarrollo de una agricultura que alimente a la población local. Lo que parece ser bueno para los residentes de Connecticut está vedado en nuestra isla.

Además, la exagerada dependencia del consumo de la población local en productos agrícolas estadounidense es un aspecto central de la dominación imperialista, que impone una carga aplastante sobre las espaldas de los trabajadores puertorriqueños. En realidad, se traduce en una sobreexplotación de las masas trabajadoras del país por el gran capital comercial. No en balde tanta gente nuestra emigra, incluso a lugares como Connecticut, donde el desempleo es menor, los salarios son más altos y la alimentación más barata y accesible. Es población que escapa a la sobreexplotación efectuada también por la vía del consumo.

La defensa del patrimonio nacional, en lo que hay que destacar también la tierra y la pequeña producción agraria independiente, sigue siendo un elemento central de la elaboración de un programa de cambio verdadero. (No se debe confundir, como hace el marxismo vulgar, la cuestión campesina con la cuestión agraria y, con ello, caer en la torpeza actual de la izquierda puertorriqueña de no hablar del tema agrario con categorías marxistas). Además, todo esto enlaza directamente con la defensa de la cultura y la lucha en contra de la destrucción del ambiente. El

punto de vista del proletariado no debe ser indiferente ante la cuestión de la forma del desarrollo del capitalismo, especialmente en la agricultura.